

fuertemente, cambiando cuatro besos sonoros como tiros de carabina de aire comprimido. Y en lo alto de las dos jardineras paradas en firme un momento, los cocheros estupefactos, y los burgueses graves, las mamás severas, las señoritas timoratas, y los sacerdotes, y los oficiales del ejército, y los representantes del municipio... alargaron la cabeza para ver aquella original escena.

Apenas los dos tranvías reemprendieron la marcha, cuando un señor gordo y majestuoso que estaba junto á mí expresó en breves palabras el pensamiento común, inclinando gravemente la cabeza:

— ¡Buena la hemos hecho! ¡Hemos tenido una vela!
Sí; indudablemente eran efectos del hermoso mes de Mayo.

CAPÍTULO VI

Junio.

¡Oh! admirable *Carrozza di tutti!* Con el exceso de calor que hace y que obliga á mucha gente á llevar descubierta la cabeza, ábrase para mí un nuevo campo de estudio: el de las cabezas, pues en ninguna parte como en las jardineras se puede dar mejor observatorio para nuestros ojos, ya que en plena luz es fácil observar los defectos y las buenas cualidades de los semejantes. Algunas cabezas hay que, vistas al pasar desde la calle, podemos creer que están en buen estado, cuando vistas desde el observatorio que os digo aparecen claramente con todas sus miserias y deficiencias. Algunas tristes, peludas, que guardan un mechón de pelos como una divisa suprema, como se yergue sobre

un campo en ruinas un pequeño grupo de árboles; cabellos llevados desde la nuca hasta la frente, en forma de sauce, lloran sobre la tumba de los sesos: pelucas mal puestas que un brusco movimiento ladea, revelando que la cabeza que la lleva no va vestida con ropa propia. Todas esas misérrimas invenciones de la edad senil para ocultar los desgastes del tiempo surgen de una vez ante los ojos del que examina las cabezas de sus vecinos, desde la plataforma de un tranvía. Se ven allí, y se descubren en seguida, las tinturas de pelo blanco, por la raíz de un negro lúgubre que dan un aspecto duro y extraño, y los rostros que llevan el adorno de esas cabelleras aparecen á los ojos del espectador, con el aspecto que tiene una esquila mortuoria. Todos cuantos os teñís, tened en cuenta que el tranvía es muy traidor, y guardáos de él. ¡Qué cosa más lastimosa y cómica al mismo tiempo, ver subir á un tranvía, con cuidado sumo, agarrándose con mano temblorosa y descansar luego de un golpe sobre el banco, como si se estuviera cansado por el esfuerzo, un hombre con la barba y el pelo negros como si fueran de un joven de veinte años! ¡Cuántas vejeces que se revelan contra la naturaleza! ¡cuántas que se revelan sin que nadie quiera siquiera descubrir su secreto! ¡Cuán pocas gentes son las que saben envejecer en santa paz! Descubrí también el secreto de algunos personajes de nota, adversarios míos encarnizados, maestros en el arte de la tintura, de los cuales no sospechaba la superchería. Podía tomar con tal motivo una venganza política; no lo haré. Pero no por generosidad, lo

confieso. No lo hago, porque respetando el arte que profeso, no me atrevo á denunciar... el arte ajeno.

* *

Emprendí también al principiar Junio el estudio acerca de los sombreros, atraído por la variedad infinita que se vé florecer en el tranvía en tal estación; estudio que, en el fondo me fijaré bien, como en el estudio de las cabezas. Y así, rápidamente haré una primera clasificación: sombreros amorosos, sombreros soberbios, sombreros austeros, graciosos, impúdicos, prepotentes, tremendos. Casi todos tienen un lenguaje sincero ó falso del cual las flores son las palabras. Aquí se advierten grandes rosas abiertas que parece que se ofrecen; mazos de violetas que atraen insidiosamente las miradas y los deseos hacia el sombrero en que se esparcen, uniones que parecen antitéticas, los cuales parecen dar idea de que la que los lleva sobre el sombrero debe tener una inteligencia desordenada; flores demasiado pomposas que parecen indicar ardores mal comprimidos; flores modestas y solitarias que expresan el sentimiento de un amor secreto y constante. Todas las pasiones, las ilusiones todas, todos los caprichos de todas las edades de la mujer, aparecen en aquella fiesta de las flores, en aquellas infinitas combinaciones de plumas, de tul, de frutas, rizos de cosas sutiles, diáfanas, ondulantes y temblorosas, que parecen una vegetación vivaz que tenga sus raíces en el cerebro. Y aquellos sombreritos despiertan la fantasía y hacen ver y sentir mil cosas diversas: sueños de imaginaciones juveniles y amorosas, relaciones adulteradas *ad usum*

mariti, suspiros dolorosos de condenado, embrollos conyugales, concesiones conyugales que acaban en una caricia, economías gastronómicas de anacoreta, largos trabajos hechos en casa gracias á unas manos pacientes é industriosas, interrumpidas de pronto por el llanto de los niños, el sonar de la campanilla de los acreedores, y por toda suerte de pequeñas miserías domésticas. Pero en el tranvía todo eso ríe, llora y disimula. Bajan mazos de rosas y pensamientos; suben mazos de amapolas y peonías; se encuentran y confunden ramos de heliótropo y geranios, flores de todas las estaciones, de jardín y de campo, guirnaldas, coronas, ramilletes, grupos de dos ó tres flores orgullosas, sombreros á la marinera, á la Rembrand, á la Trianon, á la Rosa Lyra, cada uno de los cuales dice algo y forman entre todos como una detestable y embrolladora algarabía que, sin cesar, parecen que murmuran y suspiran y gritan:—Busco un marido.—Busco un amante.—Yo tengo un amante.—Admírame.—Respétame.—Espera.—Desespera.—Os lo suplico.—Os lo mando.—Soy un ángel.—Soy un diablo.—Soy una infeliz.—Sígueme.—Quédate ahí.—El mundo es mío.—No valgo nada; mirad á otra, os lo ruego.

* * *

Es un estudio agradable pero interrumpido en demasía por inconvenientes graves propios del tranvía. Algunos de esos experimenté yo en los primeros días de Junio, y otros me acostumbé á tener viendo que los sufrían mis prójimos. Sentarse en un tranvía junto á una bella pecadora perfuma-

da, de la cual se guarda el perfume durante veinte y cuatro horas, por lo menos, y produce una cefalalgia; encontrarse sentado en medio de dos amigos desconocidos que traban una conversación vivísima, cruzando sobre vuestros rostros su hálito no siempre puro; sentir pasar por encima de vuestros callos una familia entera para la cual los pies de los demás son *res nullius*, sin poder siquiera decir nada, porque lo primero que hacen al pisar, es murmurar un «usted perdore» con lo que no tiene uno más remedio que contestar con una sonrisa. Esta y otras cosas más desagradables todavía, como por ejemplo: tener detrás de uno á un fumador empedernido, que lo primero que os planta en el rostro es una bocanada de humo de su cigarro que arde como si estuviera en pleno infierno. Todo eso me sucedió en tanto que practiqué este y los estudios que siguen en los carruajes de las redes del tranvía. Todavía hay una desgracia peor que esta. La encuentro marcada en mi cartera, diciendo así:—*5 de Junio. Las tres de la tarde. Jardinera de la calle Niza. Tengo el poeta cerca de mí.* No le había visto; de repente sentí su voz junto á mi oído. Me había sentado delante de él. La jardinera estaba llena, era imposible huir. Pasó en seguida á vías de hecho. Era un soneto archilleno de *eses*, un zumbido intolerable, una sucesión de sílabas sutilísimas que me penetraban en los sesos como si se hubiese agitado junto á mi rostro un puñado de serpientes rabiosas. A los vecinos que no estaban en el secreto de sus palabras debía parecerles yo un amigo infiel á quien otro hiciese una serie de reconvenciones por las malas partidas que hubiese cometido y

de las cuales no pudiera yo disculparme, ó que me contara en secreto alguna aventura un tanto indecente que yo saborease con recogimiento. ¡Vergonzoso suplicio! Aquella boca implacable que al principiar cada verso se me acercaba más y más al oído, parecía la boca de una pistola. ¡Breve y amplísimo! Mentiroso. Aquello no era ni amplio ni breve; no acababa nunca y me oprimía además un terror grandísimo: ¡si esto no fuese más que el prólogo! Afortunadamente no lo era, pero duró bastante para hacerme sufrir todos los suplicios imaginables durante un cuarto de hora. No me libré de él hasta que llegó el tranvía á la plazuela de San Salvador, donde el jovencito bajó todavía no satisfecho de su obra.

* * *

Mi primer trayecto, señalado con piedra blanca en Junio, fué el que hice por la mañana del día del aniversario de la constitución, en la calle Garibaldi, á la hora en que la gente marchaba hacia la plaza del Castillo, para presenciar la parada. El carruaje llevaba un pasaje como no podía verse otro igual sino en aquel día en Turin. Casi todos eran viejos militares jubilados, bien afeitados, bien arreglados, centelleantes los pechos de cruces y medallas, ó luciendo en el ojal las cintas de sus condecoraciones. Tan alegres y contentos, tan altivos y sonrientes, que parecían viejos maridos que celebraban sus bodas de oro; bravas gentes que, si el Estatuto se suprimiera durante veinte años, continuarían festejando su aniversario por cuenta propia por la fuerza de la costumbre, como celebran

la Navidad los ateos. Estaba junto á mí, en su sitio de costumbre, el caballero de la *Gazzetta del Popolo*, acicalado y elegante, como si perteneciera á la clase militar. Como los otros, volvía sus miradas complacientes hacia los tranvías, adornados con banderas y gallardetes, y se fijaba en los uniformes de los veteranos que pasaban entre la multitud que se apiñaba en las calles y balcones adornados también con banderas. Lucía en sus ojos una llama insólita; él comprendía que su alma respiraba con plácida voluptuosidad patriótica al recordar el 48 de Turin, capital de la «egemonia piamontesa,» y el soplo del conde Cavour y del general Lamarmora, que parecían flotar todavía por la atmósfera. Le miré fijamente para ver si, no obstante el estado extraordinario de su alma, se acordaba de mirar su reloj, como lo hacía todas las mañanas, para comparar su hora con la del reloj eléctrico de la calle Siccardi; no se acordó. Luego cruzó su mirada con la mía; vi que se turbó ligeramente; debía recordar el día aquel en que había roto yo, de una manera bárbara, las páginas de la *Gazzetta del Popolo*. Tenía yo también, en aquel momento, un periódico en la mano y estaba á punto de abrirlo de aquella manera; pero acordéme que me observaba y me contuve por sugestión para no hacer que me tuviera por un enemigo odioso. Este es uno de los ejemplos de cómo el tranvía puede perfeccionar la educación de una persona. A poca distancia de la plaza, una música de obreros tocaba la Marcha Real. Al oír aquellas notas todos los jubilados encanecidos se descubrieron y sus rostros se iluminaron al igual que, como dicen los poetas, los ríos

caballos de guerra se alegran al sonido de una trompa guerrera. Y entonces, y en aquel momento dado, sentí que retrocedía yo treinta años en el curso de mi vida. Aquellos rostros, aquellas banderas en las ventanas, aquellos veteranos condecorados, aquel antiguo Palazzo Madama, que aparecía en el fondo, aquel buen señor con la *Gazzetta del Popolo* entre las manos, todo aquel conjunto de cosas, vistos en la calle Garibaldi al son de aquella marcha, era tan piamontés, tan turinés, que durante un momento parecióme rejuvenecer, no sólo en la mente, sino en la conciencia, por ilusión maravillosa, y sentí la duda de que el año corriente fuese el 1896, el año de Abba Garima, sino aquel en que ví los primeros entusiasmos por la *Unidad nacional*, cuando había visto los patrióticos y fanáticos en aquellas mismas calles quemar las láminas del Consolidado gritando: —¡Viva Italia!

*
**

La fiesta nacional se celebró entre fuertes calores y estos me permitieron hacer algunas observaciones en la *Carrozza di tutti*. Parecía que la irritabilidad humana hubiese aumentado. En las relaciones entre pasajeros, y de éstos con los empleados, de los empleados entre sí, había mayor suma de disputas, de impacencias y de acaloramientos. Se veía en el tranvía una excitación casi rabiosa de abanicos; gente que se daba aire con sombreros, pañuelos y diarios sin darse punto de reposo; en los bancos se veían sus rostros inflamados y atónitos, cabezas caídas sobre el pecho verdaderamente, verdadera cabalgata de tedio y mal

humor. ¡Pobre humanidad! ¡pobre humanidad! ¡Algunos grados más de calor, un poco más de polvo en el aire, y esto bastaba para cambiar todos los rostros, para violar aquella cortesía, para cambiar y dar vuelta á los cerebros como relojes descompuestos, vaga señal del contagio psíquico que multiplica las riñas, las locuras y los suicidios. Como remedio á este mal acudió á mi mente la idea de una limpieza pública y obligatoria para todas las personas una mañana que esperaba la salida del primer tranvía viendo limpiar á *Faraone* y á *Ballerina* bajo la sombra de los tilos. Era un espectáculo que hacía meditar verdaderamente. *Faraone* fué el primero. El cochero empapaba en un barreño de agua una gran esponja, la apoyaba sobre la frente del animal y la esprimía, y al sentir aquellos hilos de agua que le bajaban por el cuello, por las narices y por el hocico, por entre los ojos, hasta dentro de las narices y la boca, bifurcándose como la lluvia por una colina, el pobre animal alzaba y movía la cabeza sintiendo en cada fibra una sensación de placer que le hacía dilatar los ojos y mover las piernas. Entre tanto *Ballerina* aguardaba su turno mirando impaciente y agitada por el sentimiento de aquella voluptuosidad que reflejaba en los ojos y entre pelo y carne. ¡Qué dulce y cuán agradable era aquel baño después de tanto andar por el sol y el polvo, de tantas violentas sacudidas del freno y de tantos latigazos! En los ojos de cuantos pasaban se leía el sentimiento de complacencia al ver gozar de aquella manera á aquellos dos pobres esclavos mudos, tan hermosos y útiles, con-

denados á un trabajo duro y muy mal compensado, cuando tantos otros de su familia vivían entre las pompas y caricias de sus dueños como si fueran criaturas humanas. Y el cochero, entre tanto, los apostrofaba con aquel tono de familiaridad que usan con los animales los que de ellos se sirven, como si se temiera que, tratándolos con demasiada dulzura, abusaran como suelen hacerlo los hombres.

—Hola, viejo, ¿parece que te gusta, eh? No muevas la cabeza, animal, que no te voy á hacer daño. Ahora á tí, ahora á tí. ¿Ya lo estabas esperando, verdad?

Estas y otras exclamaciones parecidas eran dichas con el acento del que habla al que escucha. Y ¿quién sabe, quién sabe hasta qué punto por lo menos? ¿Qué es lo que sabemos nosotros de todo ello, pobres presuntuosos? ¿Estamos bien ciertos de no estar imbuidos por un error enorme? ¿No dice el Eclesiastes: «Quién sabe si el alma de las bestias viene también del alma de la tierra?» ¡Qué ojos tenía *Fardonel*! Esos ojos fueron los que por primera vez me hicieron sentir por un animal lo que sentía por un chiquillo. El respeto del gran misterio, del dolor que no tiene palabras, del derecho que no tiene defensa, fueron aquellos ojos los que me dijeron más claramente, como no lo había pensado jamás, que no estaremos nunca por encima de los animales hasta que tengamos el sentimiento de la bondad y de la gratitud que debemos todos hacia ellos.

* * *

Siguieron algunos días monstruosos, una serie de trayectos por las líneas de las afueras bajo los árboles cubiertos de polvo, sin ningún incidente notable, sin ningún accidente notable, sin ningún nuevo conocimiento, sin un encuentro de persona conocida; luego una nube de hechos y tres días de aventuras singularísimas que únicamente podían desarrollarse en la *Carrozza di tutti*. De la primera fué espectador y parte, en un coche cerrado de la línea del Martinetto, Carlín; en tanto que estaba haciendo una apología del boletín meteorológico del Chionio, subieron á un mismo tiempo á diestra y siniestra de la plataforma posterior dos mujeres: una del pueblo y otra muy elegantemente vestida; ambas á dos representaban tener unos treinta años y de aspecto altivo y resuelto, las cuales, queriendo entrar á la vez por la puerta, se taparon con violencia, exclamando una y otra:

—¡Qué modos! ¡qué manera!

Parecía que la cosa debiera acabar allí, pero apenas se sentaron dentro del carruaje, una enfrente de otra, y hubieron tomado el billete, cuando empezaron á insultarse con palabras injuriosas, que fueron subiendo de tono, hasta que, indignada, exclamó la mujer del pueblo en alta voz:

—¿Qué demonios cree usted, porque es una «señora?»

Entonces la otra mujer, la «señorona» que desde el principio había procurado moderar la voz, se dejó llevar de su instinto, y por el acento con que hablaba, al cabo de un minuto todos los presentes comprendieron que las dos mujeres que se peleaban habían nacido y crecido en un mismo estado

social y en el mismo barrio de Turín, habiendo recibido una educación igual, y que los vestidos de la «señora» debían ser de muy reciente conquista y quizás improvisados. Llamó la atención de todos igualmente, ver la impresión que producía en la mujer del pueblo, el advertir que la rival que le había tocado en suerte era de su misma clase y que las palabras que iba soltando por la boca no desdecían de las que ella misma soltaba. Continuó escandalizando, pero ya con menos aspereza, mirándola fijamente y con una ligera sonrisa, casi complaciente, como reconociendo y admirando en ella las palabras y frases que le eran familiares, y acabó por dulcificar la expresión de su rostro, convencida de que tenía enfrente, no una enemiga de otra clase, sino una hermana favorecida por la fortuna, tanto, que dejó sin respuesta la última estocada de su contraria, y volviéndose hacia los espectadores dijo riendo:

—*Es una señora como yo.*

Todos reímos la ocurrencia y Carlin observó con tono filosófico:

—Es preciso estar en el tranvía para ver escenas parecidas y aprender á conocer el mundo; el cobrador, vedle, es el verdadero hombre enciclopédico que no se admira de nada de lo que pasa sobre la tierra.

*
* *

He aquí otra de las escenas: Los árboles del paseo Victor Manuel reverdecidos y lucientes después de un chubasco; una fuga de nubes negras á través del cielo; un viento sofocante; los Alpes er-

guidos y como cortados en la púrpura del incendio, y una jardinera que parece que corre para el servicio exclusivo de dos parejas de amantes, una sentada en el primer banco, otra sentada en el banco del centro de espaldas hacia mí, y otro pasajero que está á mi lado en la plataforma delantera. Este tiene la cara de un buen hombre; parece un modesto propietario rural de esos que solamente van á la ciudad cada diez años y para los cuales las pompas ciudadanas son siempre un espectáculo nuevo y encantador.

Se comprendía que para él era un nuevo espectáculo el de aquellas dos parejas de cabezas de señores que se acercan tanto, que llegan a tocarse como los vasos al brindar y que se inclinan lánguidamente uno hacia otro como si tuviesen rotos los huesos del cuello. Se comprendía que estaba algo escandalizado y estupefacto; se comprendía que ponía gran atención, sin embargo, al movimiento de aquellos cuatro pasajeros con una sonrisa continua lanzando de cuando en cuando miradas á los que pasaban por la calle como diciéndoles: — ¡Mirad, mirad lo que sucede aquí! ¡No se ha visto cosa igual! Y he aquí que al desembocar el tranvía en la plaza del Monumento subieron y se sentaron delante de todos un joven que parecía un dependiente de comercio y una muchacha que tenía el aspecto de una costurera, los cuales, apenas sentados, reanudaron el curso de una conversación interrumpida, y empezaron á acercarse poco á poco enlazando las manos y tocándose casi con los ojos. Entonces, un señor alto y muy acicalado que había subido en la plaza del Monumento y que al observar las dos pa-

rejas de amantes movió la cabeza murmurando:— ¡Podían tomar un carruaje separado!; al notar la compostura de la nueva pareja, dió una sacudida colérica á la campanilla y dijo al cobrador:— Que aguante la cesta quien quiera.— Saltó del carruaje y se fué. El cobrador no entendió de que se trataba, pero el campesino soltó una carcajada juvenil y alegre en la cual se adivinaba la alegría de poder contar luego, en la farmacia de su aldea, el hermoso caso del cual había sido espectador y la facha de aquel buen señor que se asustaba por tan poca cosa. Debía sonreírle además la idea de explicar la facha de aquellos amantes en el gran Turín, en aquella Babilonia, en aquella Gomorra, donde todo es lícito y se ven casos de toda especie... Un momento después las parejas fueron rodeadas y distraídas por la subida y bajada de otros pasajeros, pero el campesino siguió mirándolos, hasta que en la plaza de San Martino bajó dirigiéndose á la Estación, sin dejar de sonreír maliciosamente como pensando:— ¡Gran ciudad es este Turín! ¡Qué tranvías! ¡Qué cosas se ven en el tranvía! ¡Qué paraíso de Mahoma! ¡Y qué caras!

*
*
*

La última escena la ví en la línea de Vanchiglia. Subí á una jardinera para evitar un chubasco imprevisto que caía en aquel momento, y me encontré de pie entre dos jóvenes obreros y el cochero Tempesta. El viento movía las cortinas dando con ellas en el rostro de los pasajeros que se replegaban hacia el centro todos de pie, pero la lluvia los mojaba

y las señoras se levantaban los vestidos tronando contra la Sociedad que no ponía coches cerrados cuando hacía mal tiempo.

He llegado en mal hora; todos los pasajeros tienen cara de mal humor con el alma atravesada, sobre todo dos viejos oficiales pensionados que no están conformes acerca de las reformas militares de Ricotti que en estos momentos se discuten en el Senado, y cambian entre ellos frases que parecen sablazos:

— ¡Mil cien oficiales borrados de los cuadros! ¡Esto es una burla! ¿A qué se reduce la carrera?

— No son de Ricotti sino de Mocenni, quien había ya suprimido ochocientos.

— ¿Excusa usted lo malo con lo peor?

— No; yo no apruebo ni esto ni aquello.

— ¿Pues entonces?.. — Y en tanto que un vecino mío trataba de bárbara á la administración que no ponía carruajes ni cortinas para proteger á los pasajeros contra los temporales y procuraba inútilmente resguardarse de la lluvia profiriendo frases poco cultas que hizo exclamar á los dos obreros:— ¡Púrgate; vete al Instituto antirábico!— Tempesta se volvió hacia ellos con el rostro torvo é inflamado y contestó alternando sus frases con juramentos y ternos que escandalizaban á un señor de edad correctamente vestido que sentado á sus espaldas se volvió para preguntar en voz baja al cobrador:— ¿No está prohibido al personal de servicio hablar de esta manera?— Entre tanto la lluvia continuaba de un modo furioso; las cortinas se arrugaban dejando penetrar el agua, el mal humor crecía y los lamentos se oían más fuertes. Tempesta renegaba

más fuertemente y el carruaje que llevaba toda aquella cólera de Dios, combatido por el agua, flagelado por el viento, iluminado por las lámparas, atravesó la plaza de Victor Manuel, donde se encontró con otro tranvía que llevaba una comitiva de jóvenes que salían del Frontón, los cuales, al pasar por nuestro lado, comprendiendo nuestra situación, nos enviaron una carcajada homérica, último ultraje que se nos hizo... Pero no á mí, que igualmente disgustado del carruaje que ríe que del carruaje que lleva tanta cólera, creo advertir las dos fases de la naturaleza humana.

*
**

En los días 14, 15 y 16 encuentro anotados tres personajes que he visto ya otra vez en circunstancias extraordinarias. Encuentro en la línea del Valentino al *Marqués*, aquel cobrador de bigotes dorados, bello y elegante como siempre, pero distinto á mis ojos de lo que era habitualmente. Ya no lanzaba sonrisas fugitivas; ya no hacía actos de obsequio amoroso, ni ponía el billete en la mano de una hermosa pareja enguantada como quien pone una flor en ella fijando sobre sus ojos una mirada suave. De momento no comprendí el por qué de aquel cambio, pero las señas y los guiños de dos jóvenes conocidos suyos y míos al mismo tiempo, sentados juntos á mí, me lo explicaron. Aquella reserva insólita se la imponía una muchacha morena, de pie en la plataforma como si fuera un gendarme que le seguía con sus ojos paso á paso y gesto á gesto, y que con sus grandes ojos negros y severos, arrugando el entrecejo parecía la estatua de la

sospecha. No llegué á saber si era su mujer ó su amante. Comprendí, sin embargo (y se vela claramente), que conociendo á aquel hombre estaba celosa de él y debía hacer de cuando en cuando algunos trayectos de vigilancia subiendo al tranvía en momentos inesperados como si fuese un revisor, y que algunas veces, por miradas ó palabras, había hecho algunas escenas al guapo cobrador y provocado á algunas señoras ó jóvenes con la audacia de una leona. Con lo cual á punto fijo se habían armado algunos ciscos de primera fuerza, escándalos que quizás habían acabado en el cuartelillo. Pero se conoce que el *Marqués* sentía un terror tan profundo por aquellas dos linternas negras, que ya no se atrevió siquiera á coger á una señora por el brazo para ayudarla á subir. En tanto que pasaba junto á mi lado, uno de los dos jóvenes le dijo:—*Pietro rigadrith*—y soltó una carcajada, contestando el otro con una sonrisa forzada. A consecuencia de esa escena supe que no era solamente aquella hermosa morena la que subía al tranvía para hacerse cargo de la fidelidad conyugal, sino que subían también otras mujeres con el mismo fin de vigilar al cobrador, lo cual producía beneficios á la empresa y al servicio.

15 de Junio. En la misma hora en que se encontraba Li-Hung Chang con el emperador Guillermo, estaba ante mí, acabando de subir al tranvía en la calle de Garibaldi, el señor Guyot con sus instintos reaccionarios y su rostro amenazador. Apenas me vió, al subir en la plataforma opuesta, me lanzó una mirada furibunda. Comprendí en seguida que la debía á la elección de Turati en la quinta circuns-

cripción de Milán verificada el día anterior. Quería el destino que diera yo á aquel hombre violentas sacudidas. Pocos momentos después subía junto á mí un antiguo amigo fiscal, de Su Majestad, en el momento en que aquel me miraba con ojos foscos, en los cuales se notaba la inquietud y la adversión, y se veía además el sentimiento de esa curiosidad malsana que despierta el delincuente. Un relámpago vi pasar sobre su rostro cuando advirtió que mi amigo me estrechaba la mano y trabábamos conversación. Comprendí que sabía quién era. Puso unos ojos de pulpo y expresó con todos sus músculos faciales una impresión de sospecha desagradable como si aquella familiaridad de un magistrado conmigo fuese un hecho escandaloso, una pública incitación al delito, un indicio de ruina social, algo así como si viera en aquello un carabinero brazo á brazo con un contrabandista famoso, y comprendí perfectamente que se preguntaba á sí mismo con curiosidad insana, qué era lo que podríamos decirnos. Y si en aquel momento hubiera sido ministro de Gracia y Justicia hubiera fulminado en el acto un decreto de destitución. ¡Cuánto debió sufrir! Parece ver aún la última cjeada que lanzó á mi amigo al bajar del tranvía como diciendo:—¿No le da vergüenza?.. ¡Cumpla su obligación con mil demonios!

*
*
*

16.—(El día en que los Estados Unidos pagaron cincuenta mil pesetas por nuestros lynchados del Colorado). Sí, todo se paga, como dice un personaje de novela. Todo se cuenta y todo se descuenta; y la

eterna *vendetta* hace sus víctimas también dentro del tranvía. Fué para mí una verdadera satisfacción. El tiranuelo rabioso, el negrero en estado de canuto, el perpetuo disputador que amenazaba á los cobradores y cocheros, el señor Tintura-Mignone, aquel pedazo de soberbia y de vanidad, con el rostro ennegrecido y los bigotes hirsutos, estaba sentado en uno de los coches de la «Turinesa.» Apenas había acabado de escandalizar con el cobrador porque no había limpiado la banqueta, cuando ya empezaba á dar señales de impaciencia contra un muchacho de año ó año y medio que iba de pie sobre la rodilla de una mujer, la cual le volvía tan pronto de un lado como de otro como para hacerle admirar. Se comprendía que debía odiar aquel hombre hasta á los muchachos, y todos los presentes ya le habían juzgado, á primera vista, con manifiesta antipatía.

—Téngalo sentado,—exclamó de repente dirigiéndose á la mujer con malos modos.

Y apenas había dicho estas palabras, cuando saltó indignado echando fuego por los ojos. Era demasiado tarde.

Antes de saltar advirtieron los pasajeros el contraste que hacía su rostro colérico con la carilla serena é inocente de aquel gracioso muchachuelo, que le miraba con sus ojos azules, ignorante de lo que había sucedido; y era tan cómico aquel contraste, que todos los pasajeros soltaron la carcajada, lo cual acabó de hacerle perder los estribos. ¡Ah! sí; todo se descuenta y todo se paga con exceso, y son infinitos los medios que tiene la divina Providencia para hacer resplandecer la justicia.